

occidental; entra en el proletariado industrial antes de haber salido del proletariado rural. Las fábricas de Vladimir, de Kyeve y de Ekaterinoslav no toman al obrero más que una parte del año, y durante el resto queda sujeto á los trabajos agrícolas, «sujeto», porque en ambos casos su salario es miserable¹.

Desde los trabajos de Karl Marx, parece admitido universalmente que la industria, como las otras formas de la riqueza, se concentra gradualmente en un número de manos cada vez menor, y que, automáticamente puede decirse, los «instrumentos de trabajo», la inmensa acumulación de instalaciones y de herramientas, caerán, como una fruta excesivamente madura, en la posesión de la clase obrera. De hecho, un aspecto de la historia contemporánea da razón al teórico del socialismo, pero otras evoluciones, apenas sensibles en su época, desmienten algo de su argumentación. Hasta en nuestra vieja Europa, no hay hecho más evidente que la enorme preponderancia que adquiere en la vida diaria el gran almacén, el emporio de las confecciones, del mobiliario, de los comestibles, que cada año se extienden como mancha de aceite, llenando edificios cada vez más extensos y sujetando á dependientes cada día más numerosos. Nadie ignora que las grandes empresas, minas, fábricas metalúrgicas, ferrocarriles, tranvías y ómnibus, construcciones marítimas, compañías de gas, sociedades de seguros, expediciones coloniales, etc., están regidas por un número muy restringido de financieros é industriales; un régimen de «acuerdos» entre grandes productores fija internacionalmente el precio de las fundiciones, hierros y aceros; tales objetos de primera necesidad, sobre todo entre los productos químicos, son prácticamente monopolios. Pero en los Estados Unidos el fenómeno se ha desarrollado en toda su amplitud: allí, el sindicato de industria es la regla: el acero, el cobre, los ferrocarriles, el petróleo, etc., tienen su *rey*, más poderoso que muchos príncipes coronados. Un grupo de archimillonarios interviene la producción, la distribución y, sobre todo, la política, y hasta lo que existe más elevado en la humanidad, la ciencia y el arte. Todo un estado mayor de sabios les venden fórmulas, elogios y proyectos, y otro de

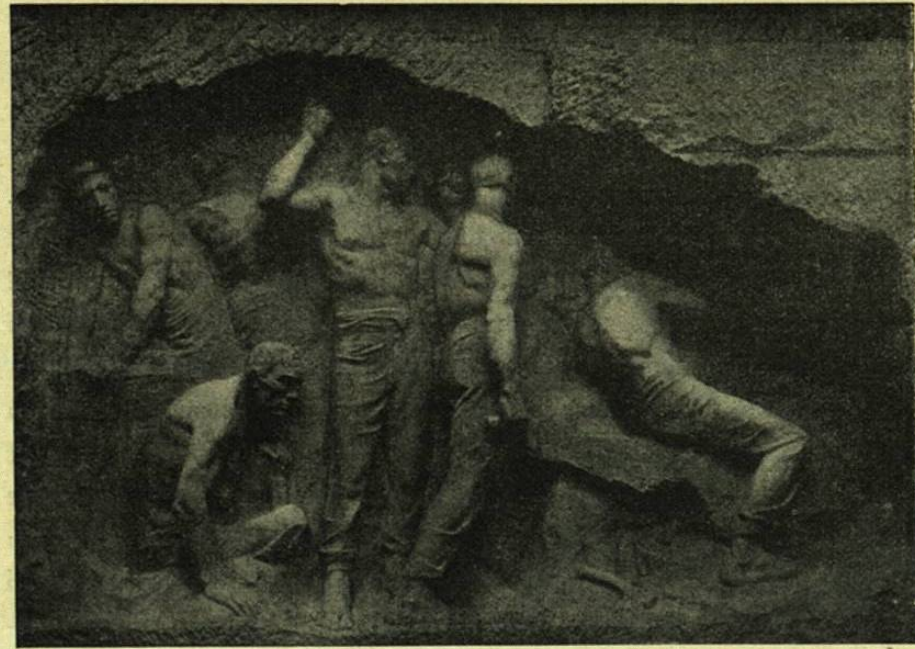
¹ Paul Louis, *Revue Blanche*, 15 Octubre 1899.

artistas les preparan museos. Tal individuo, enriquecido por la desenfrenada explotación de los inmigrantes europeos, pone el colmo á su gloria fundando bibliotecas públicas y ofreciendo órganos á las iglesias; otro gran hombre hace olvidar los miles de cadáveres que le atribuye la opinión pública por la compra de un Rafael que servirá de muestra ó de enseña á su antro.

Sin embargo, la pequeña industria no ha muerto ni tampoco el pequeño comercio. Si la gran fábrica se reserva la producción del artículo corriente y de venta segura, suele dejar á su humilde rival la nueva invención, á condición de apoderarse de ella si la tentativa prospera; por otra parte, no puede adaptarse á las condiciones de premura y de imprevisto que exige el cuidado diario. Para una casa de construcción de automóviles ¡cuántos pequeños talleres de reparación han nacido en todos los puntos del territorio! Junto á la industria sistemática, la industria naciente y la industria diseminada responden á ciertas necesidades y no temen la concentración del capital, que más bien las desdeña. Lo mismo sucede con el comercio: la existencia de los bazares donde se puede comprar todo, manteca, pantalón y coche, no impide que donde quiera que se edifique un grupo de casas, hasta allí donde se prolonga un centenar de metros un tentáculo urbano, se abran en seguida la tahona, la especiería, la frutería y la lechería. El trabajo de distribución se practica de una manera primitiva, pero hasta el presente el pequeño comercio se encarga de hacerlo.

No hay duda que, comparando la situación de los países civilizados en 1850 y en 1900, salta á la vista que la escala de las fortunas se ha prolongado mucho por arriba; el abismo entre los hambrientos y los ricos es inmensamente mayor que antes; los multimillonarios han reemplazado á los millonarios, pero la clase intermediaria no se ha atrofiado. Cualquiera que sea la fuente principal de sus ingresos, profesiones liberales, funcionarismo, rentas del Estado, beneficios del comercio y de la industria, propiedad territorial edificada ó no, ó, en fin, que sea detentadora efectiva de los títulos de sociedades anónimas, la burguesía — pequeña y grande burguesía — no ha desaparecido, al contrario, no ha hecho más que crecer y prosperar desde mediados del siglo XIX. Esperando la cla-

boración de una teoría que tenga en cuenta estos hechos, ha de afirmarse que los fenómenos son más complicados que lo que pudo creerse en 1840 y aun en 1870. El socialismo no representa ya la lucha como únicamente entablada con la mira de ventajas materiales, porque en muchos casos particulares surge la duda de si forman la mayoría los individuos que tienen interés pecuniario en la conser-



LA MINA, BAJO-RELIEVE DE CONSTANTIN MEUNIER
Museo de Bruselas.

vación de la sociedad tradicional, ricachos, rentistas, funcionarios y su clientela, que jamás se ha interesado en asuntos de dignidad humana. La solución de otros problemas ardientemente discutidos, la aspiración á un ideal, la evolución moral, hará inclinar la balanza hacia el mundo de los trabajadores.

Entre tanto, la industria y el socialismo rudimentario se han desarrollado siguiendo una marcha paralela, y en todo país, viejo ó nuevo, la industria sigue siendo comprendida como una lucha de intereses entre el capitalista, que anticipa los fondos necesarios al trabajo para guardarse el mayor beneficio posible, y el obrero, que viene humildemente á ofrecer sus brazos y pedir un salario en cam-

bio, en lugar de una parte en los beneficios del trabajo como parecería natural. Por el contrato mismo, los intereses son opuestos: la guerra es, pues, fatal, constante, sea en estado latente ó declarada. Por lo mismo el jefe de fábrica toma sus precauciones contra aquellos mismos á quienes manda y que, aun funcionando como colaboradores, no dejan de ser presuntos enemigos: nombra capataces,



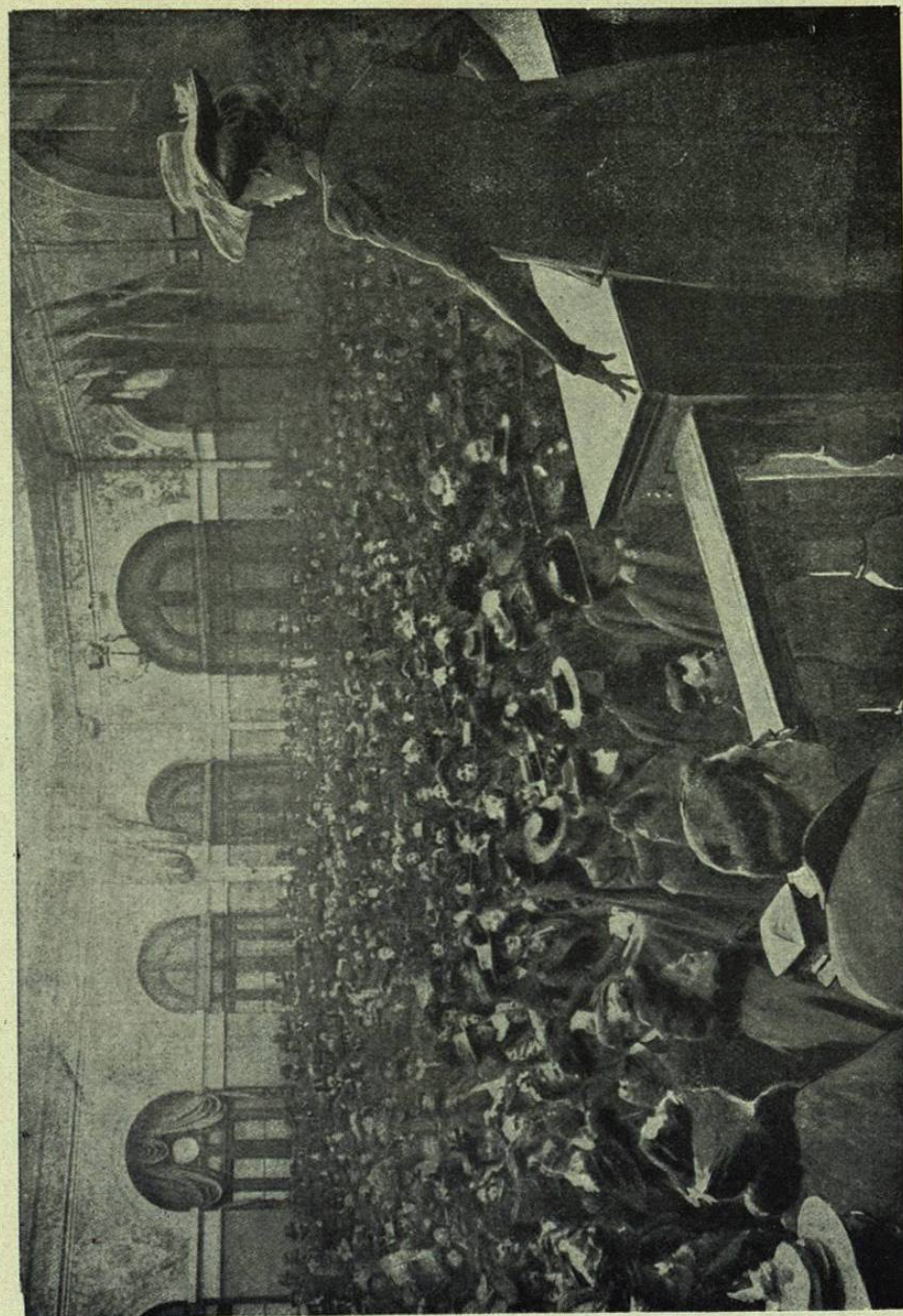
LA INDUSTRIA, BAJO-RELIEVE DE CONSTANTIN MEUNIER
Museo de Bruselas.

vigilantes y hasta soplones; recibe informes oficiales y secretos. También, por su parte, los obreros tienen sus «guías», sus reuniones, sus palabras de paso y trazan sus planes de resistencia y de combate. Á veces, y en estos últimos años de una manera casi normal, á intervalos regulares y previstos, estalla la batalla: á propósito de los salarios, que los patronos quieren reducir, y cuyo aumento reclaman los obreros; á propósito de las horas de trabajo, que los unos quieren más largas y los otros más cortas, ó bien á causa de una cuestión de dignidad humana ó de solidaridad, la guerra se declara y la fábrica se vacía de su ejército de trabajadores. Unas veces éstos toman la iniciativa, y hacen huelga; otras los represen-

tantes del capital toman la delantera, proceden por evicciones y cierran las puertas de los talleres. Á consecuencia de las mil condiciones diversas de los lugares de trabajo y de los mercados, los conflictos varían de aspecto, pero comunmente ponen en lucha fuerzas desiguales. Los obreros son la masa, es cierto, pero carecen de recursos financieros: si los compañeros, tan pobres como ellos, no vienen en su ayuda; si el público, convencido de su buen derecho, no les apoya con la omnipotencia de la opinión, ven acercarse el hambre cada día; vense obligados á huir de su familia para no oír las quejas y los sollozos; en tanto que los patronos, resentidos por que la bolsa se agota temporalmente, conservan, no obstante, las comodidades de la vida. Pueden esperar, el hambre está siempre al servicio del capital y es un agente que le sirve gratuitamente¹; pueden esperar... á menos que la huelga no se cambie en revolución.

Para evitar esta última alternativa — la más natural, ya que los obreros tienen el número en su favor y no hay razón alguna para que desprecien su fuerza, llamada violencia cuando no está regimentada al servicio del Estado —, los capitalistas, propietarios de fábricas, se unen estrechamente con los detentadores del poder, que también pertenecen en gran mayoría á la misma clase, al mismo mundo; los ricos y los poderosos están siempre emparentados, y en todas las altas asambleas deliberantes, los detentadores de la fortuna pública tienen personalmente asiento ó, más frecuentemente aún, hacen que los representen sus obligados, verdaderos domésticos encargados de transformar las voluntades ó los caprichos del amo en artículos de la ley. ¿Cómo no esforzarse en atender los votos de los hombres que, por el dinero, disponen de todas las ventajas de la existencia, y pueden concederles á quien les plazca? En sus conflictos con los obreros, los dispensadores del trabajo tienen el ejército á su servicio. En cuanto han trazado sus planes para la rebaja de los salarios, el aumento de las horas de trabajo ó cualquiera otra combinación favorable á sus intereses, avisan al gobierno, «cuyo primer deber es garantizar el orden», y batallones, escuadrones y baterías vienen á defenderles contra todo ataque posible de sus irritados obreros.

¹ Gizyski, *Soziale Ethik*.



UNA REUNIÓN DE HUELGUISTAS EN LA BOLSA DEL TRABAJO DE PARÍS. G. Dubois.

Sin ejército permanente ó sin milicia burguesa la organización actual de la sociedad sería absolutamente imposible: no tardarían los trabajadores en hacerse dueños de la fábrica.

Si los grandes industriales hacen así montar la guardia al ejército ante sus palacios y sus fábricas, disponen igualmente del arsenal de las leyes interpretadas en su beneficio. Aunque la esclavitud sea abolida oficialmente, no les desagradaría restablecerla, como lo demuestra claramente el ejemplo de la América del Norte, donde, sin embargo, la emancipación de los negros fué solemnemente proclamada. Es evidente que los hijos de los plantadores, dominados por la preocupación hereditaria, escatiman las condiciones de libertad que se han visto obligados á reconocer, y procuran adiestrar á sus capataces actuales de conformidad con el modelo del tiempo pasado; así también los directores de las compañías de minas y de metalurgia fundadas en los Estados del Tennessee, de la Georgia y del Alabama, se han apresurado á copiar las antiguas costumbres, y los campamentos de sus obreros negros se parecen singularmente á los campos de los antiguos esclavos; además se ha extendido la costumbre de hacer que trabajen los prisioneros civiles por cuenta de los fabricantes, y en muchos distritos, los magistrados, asociados á los industriales y nombrados merced á su influencia política, se entienden con ellos para reclutar muchos delincuentes y condenarlos á largas penas: de esta manera los jefes de fábrica tienen á su servicio todo el personal que necesitan, al que mantienen dándole una apariencia de salario y sometiéndole á una disciplina militar, bajo la vigilancia de los carceleros del Estado. De la misma manera, quizá menos brutalmente y con más formalidades legales, se procede en las minas de níquel de Nueva Caledonia.

Otro ejemplo de la lucha llevada hasta la ferocidad entre patronos y trabajadores es el que suministran las minas de oro y las de piedras preciosas. Esos campos de tesoros naturales ejercen sobre la imaginación una influencia mágica, aunque ilusoria¹, porque, en proporción, los beneficios medios de los trabajadores que afluyen hacia los «Pactolos» son muy inferiores á los que producen las otras industrias.

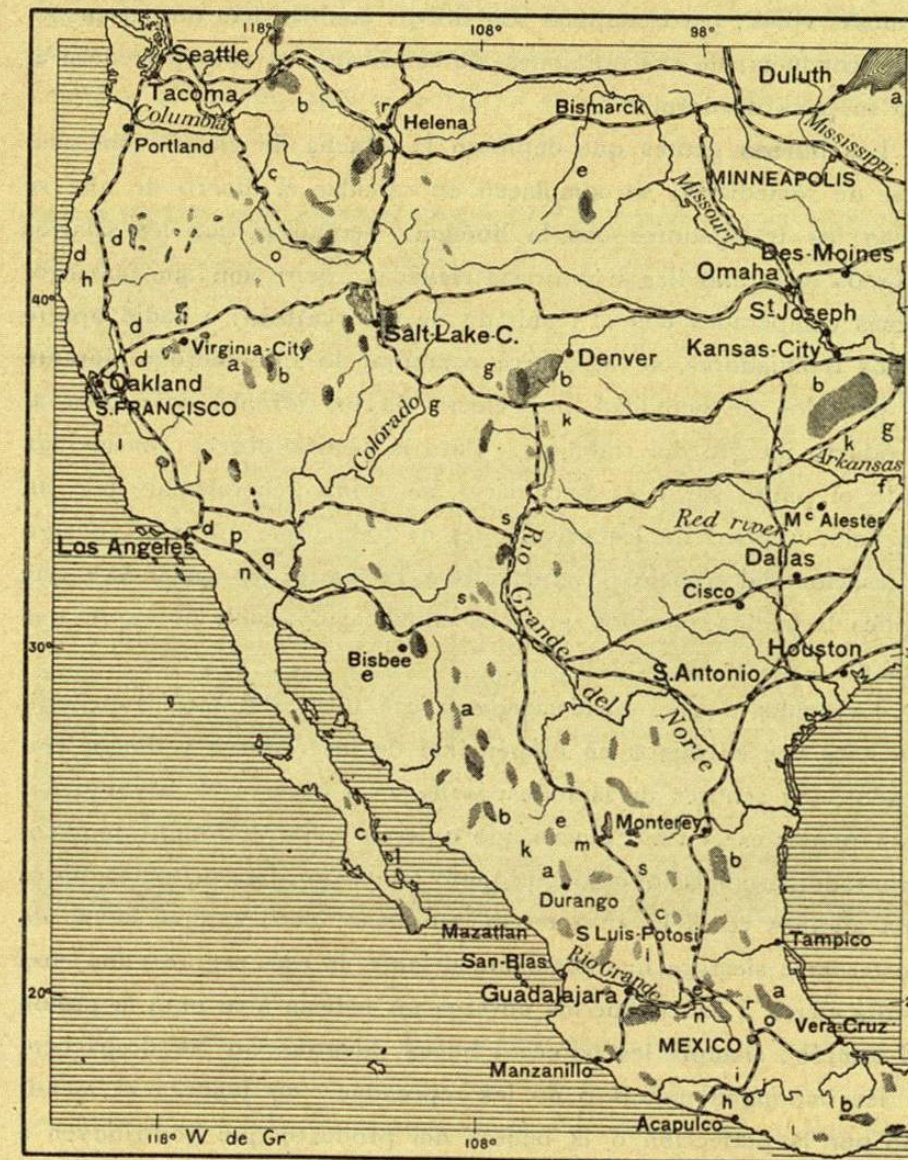
¹ Hugh Robert Mill, *Scottish Geographical Magazine*, March, 1900.

Las pérdidas en vidas humanas y en esfuerzos inútiles es enorme en los éxodos repentinos que se dirigen á los terrenos auríferos ó diamantíferos. Antes de fijarse como trabajo regular, la busca del oro comenzó por ser un juego como el de Mónaco, mucho más dramático y costoso. Y cuando la industria tomó su curso normal de rendimiento en beneficio de alguna compañía, la servidumbre de los obreros no ha llegado á diferenciarse de la esclavitud. En parte alguna ha tomado la sociedad plutocrática carácter más determinado que en Kimbérley, la ciudad de los diamantes, y en Johannesburg, la ciudad del oro, donde un amo dicta sus voluntades. El procedimiento empleado anteriormente á la guerra anglo-boer respecto de la mano de obra negra, era sencillo en extremo; en la actualidad, aunque aplicado á diferentes mercenarios, ha quedado el mismo. Por medio de un sistema de reclutamiento que le permitía fijar las condiciones de empeño¹, la compañía se procuraba Cafres que se encerraban por tres meses en un *compound*, cuadrado de barracas de hoja de lata en rededor de una piscina. Una enfermería, una farmacia, un almacén donde se puede comprar lo que la compañía permite vender, y algunos cobertizos y depósitos completan el campamento. Durante el tiempo de su cautiverio, el trabajador está completamente incomunicado con el exterior; cada día se examinan sus vestidos y se sondan las aberturas de su cuerpo; el destinado entre ellos á manejar la tierra de diamantes ha de aprender á servirse de mitenas bajo la vigilancia de los blancos. Por último, no se sale de aquella prisión sin haber sido sometido á una fuerte dosis de aceite de crotón. Ese sistema ha sido perfeccionado. Como la mano de obra era, según parece, insuficiente, desde la guerra del Transvaal trabajan Chinos en el Rand²; se ha obtenido una gran continuidad alargando la duración del empeño á tres años; por otra parte, la distancia que separa á los obreros del cuerpo de su nación da mucha seguridad á los propietarios y directores de minas: éstos podían temer antes que la población negra, cinco ó seis veces más numerosa que los blancos, adquiriese conciencia de su fuerza y entrara en las vías de la rebeldía. En cuanto á los obreros de sangre

¹ G. Clemenceau, *Cafres de tous pays*, 26, V, 1895.

² En número de 50,000 en 1906.

N.º 576. Riqueza del subsuelo en Méjico y en los Estados del Oeste.



1 : 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

La hulla grasa se halla en las inmediaciones de Cisco y á lo largo de una banda de territorio que va desde Desmoines á Mac-Allester; las extracciones de lignito están principalmente alrededor de Helena, de Bismarck y en el distrito que se extiende desde San Antonio á Dallas. La más importante mina está en Helena. Las minas de hierro a y de plomo b están indicadas por rayados de sentido diferente. El cobre c se extrae cerca de Helena, en Bisbee y en otros puntos marcados en el mapa. d, oro; e, estaño; f, aluminio; g, manganeso; h, platino; i, mercurio; j, antimonio; k, zinc; l, perlas; m, rubíes; n, topacio; o, ópalo; p, berilo; q, granate; r, záfiro; s, turquesa.